

—¿Y cuales serán las consecuencias?—preguntó la señora.

—Si la señorita Marina quiere, llegará á ser la señora Masko,—respondió Polaniecki.

—¿Y Vd?

—Yo, mientras tanto, me voy á Reinchenhall.

VI

Una semana después, partió efectivamente para Reinchenhall. Antes de salir de Varsovia, había recibido una carta de la señora Emilia, en la cual esta le rogaba le diese noticias de su estancia en Kerzemien. Creyó inútil contestar, pensando satisfacer verbalmente este deseo. Además tenía noticia de que Masko había salido para Kerzemien. Esta noticia le preocupó más de lo que se había figurado pero esperaba que, una vez llegado á Viena lo olvidaría todo pero se engañaba. La sospecha de que tal vez Marina hubiese aceptado las proposiciones de Masko le atormentó de tal manera que desde Salzburgo se decidió á escribir á Bigiel. Con el pretexto de pedirle noticias de los negocios, pedíale incidentalmente noticias del viaje de Masko.

Tan ocupada tenía su mente con la imagen de Marina, que escasa atención prestaba á las disertaciones de Vascoyski, su compañero de viaje, sobre las diversas nacionalidades del Austria y sobre la cuestión de los idiomas, y hasta á veces le acaecía no contestar siquiera á las preguntas que se le dirigían. Veía su faz noble y delicada, sus dulces ojos, su figura elegante, respirando una frescura virginal. Recordaba con singular lucidez de ima-

ginación las más insignificantes particularidades de su traje, sus piecitos, sus delicadas manos algo tostadas por el sol y sus negros cabellos. Jamás habría creído que una joven, á quien puede decirse que apenas había entrevisto, pudiese continuar tan viva en su mente.

Y luego, cuando pensaba que todo esto podía caer entre las manos de Masko, un estremecimiento de deseo y de rabia recorría todo su cuerpo. Entonces su primer movimiento era el de disputarle la joven, è impedir que eso se realizara; mas en seguida recordaba que no podía alegar derecho alguno, y que había declarado categóricamente que renunciaba á Marina.

Los dos compañeros de viaje llegaron á Reinchenhall una mañana temprano. Preguntaron en seguida por la habitación de la señora Evalovski pero, mientras que se encañinaban á ella, la encontraron en el parque junto con la pequeña Litka.

La señora Emilia, que no se esperaba volverle á ver tan pronto, se alegró muchísimo, pero no tardó en desvanecerse su alegría.

La pobre Litka, que era asmática y padecía del corazón, al volver á ver á su amigo sufrió tan grave ataque de asma y se sintió presa de una agitación tan violenta, que estuvo á punto de desmayarse. Mas el acceso pasó, como de costumbre, en seguida. La niña volvió á ponerse alegre y durante todo el regreso no soltó la mano de su Stach (1), y de cuando en cuando se la apretaba dulcemente; como si quisiera asegurarse de que lo tenía á su lado.

(1) Diminutivo de Estanislao.

Polaniecki no tuvo tiempo de hablar con la señora Emilia, porque Litka, orgullosa de poderle enseñar Reinchenhall, hablaba sin cesar, sin cansarse de enseñarle las bellezas de la ciudad.

—Pero eso es nada todavía,—decía,—hay que ver el lago de Thum que es magnífico: iremos mañana.

Después, volviéndose hacia su madre, continuaba:

—¿Verdad, mamá, que me lo permitirás? Ahora estoy buena, y luego, que no está lejos.

Sin abandonar la mano de Polianeecki deteníase un instante delante de él, le examinaba atentamente y repetía con afectuoso tono:

—¡Señor Stach, señor Stach!

Polaniecki le contestaba con la tierna dulzura de un hermano mayor:

—Corazoncito mío, no andes tan deprisa, porque si no te volverás á poner mala.

Litka hacía una ligera mueca de malhumor, y gritaba:

—¡Chito, señor Stach, chito!

Polaniecki miraba intencionadamente á la señora Emilia, como para darle á entender que deseaba hablarle, pero sin resultado.

La cariñosa madre no quería turbar la alegría de su pequeñuela, privándola casi en seguida de su amigo.

Por fin, después de comer, en el jardín, en medio del verdor y del parloteo de los pájaros, Polaniecki, aprovechando un momento en que el sabio Vasovski distraía á la niña hablándola de los pajaritos y de la predilección que por ellos tenía San

Francisco de Asís, rogó á la señora Emilia que diese una vuelta con él por el jardín.

—Con mucho gusto,—respondió ella.—Litka, quédate un momento con el señor Vasovski; pronto volveremos.

Y dirigiéndose de nuevo al joven, añadió:

—Y bien, ¿qué me tiene usted que decir?

Polaniecki dió principio á su relato. Pero fuese que no tuviera valor suficiente para decir con toda su crudeza la realidad de las cosas, fuese que temiera la excesiva sensibilidad de la señora Emilia, el caso es que refirió los hechos atenuándolos en gran parte.

Explicó la disputa sostenida con Plavicki, pero calló la manera irrespetuosa con que había tratado á Marina, y terminó su relato con estas palabras.

—Esta deuda fué la causa de mi discordia con el señor Plavicki, cosa que de seguro habría de desagradar á la señorita Marina. De consiguiente, resolví traspasar mi crédito á una tercera persona, y antes de salir de Varsovia, vendí la hipoteca á Masko.

—Ha hecho usted muy bien,—observó la señora.—Entre vosotros dos no deben mediar cuestiones de intereses.

En este momento Polaniecki se avergonzó de engañar á aquel sér tan ingenuo, y exclamó:

—¡No! he hecho muy mal, Bigiel opina también que yo he obrado indignamente. Masko puede perseguirlo, ponerlo entre la espada y la pared. No, señora, no; mi proceder no tiene excusa, y es tal, que hace imposible toda reconciliación. Si yo no

hubiese ido allá completamente resuelto á acabar de una vez con este maldito asunto, habría obrado de una manera muy distinta.

—¿Qué quiere usted que le diga? Yo soy algo fatalista y estoy convencida de que la Providencia os ha predestinado al uno para la otra.

—Yo no abrigo esta convicción.

—Yo no soy más que una mujer y puedo decir tonterías pero me parece que la Providencia debe ser quien dispone mejor las cosas. Admitido está, al hombre es á quien le toca escoger aquello que más le agrada pero las más de las veces está cegado por sus propias pasiones y acontece que escoge según estas, creándose su propia infelicidad.

—Puede ser, pero es difícil que el hombre obre contra sus propias convicciones. La razón es también un dón de la Providencia. Por otra parte, ¿quién me asegura que Marina se hubiese casado conmigo?

—Desde su visita de usted á Kerzemien, no he recibido carta alguna de ella; esto me sorprende muchísimo, porque nos escribíamos todas las semanas. Espero que recibiré carta mañana.

—¿Sabe Marina que se halla usted en Reinchenhall?

—No; cuando me hallaba en Kerzemien, ni yo misma sabía que debiese venir aquí.

—Tanto mejor. Así Marina se expresará con más sinceridad; por más que, como es tan franca, tampoco habría sido capaz de decir una cosa por otra.

El primer día transecurrió agradablemente para todos.

Por la noche, antes de separarse, acordaron ac-

ceder al deseo de Litka y dar un paseo hasta el lago de Thum.

A eso de las nueve de la mañana siguiente, Vasovski y Polaniecki se encontraron frente á la quinta habitada por la señora Emilia y por su hija. Esta se hallaba ya dispuesta para salir.

La hija y la madre eran objeto de general admiración entre los habitantes de Reinchenhall. Esta, con su rostro de una dulzura angelical, venía á ser la personificación del amor materno, aquella con sus grandes ojos oscuros y sus cabellos rubios, parecía más una concepción de artista que un sér viviente.

El decadente Bukacki dijo que le producía el efecto de una aparición indefinida, saliendo de la niebla, dulcemente iluminada por la rosada luz del alba. Su enfermedad y la exquisita sensibilidad que aquella le producía, ayudaban á dar á esta aparición un aspecto ultra terrenal.

La madre nada podía negar á su adorada hija, cuyos más insignificantes deseos eran satisfechos en seguida. Si la niña no se aprovechaba de tal condescendencia, debíase á su índole excepcionalmente buena.

Polaniecki las visitaba con frecuencia, y esta intimidad había bastado para que en Varsovia se murmurase de ellos.

La señora Evatovski era, en el verdadero sentido de la palabra, ingenua como una niña, no pensaba en el mal, y de consiguiente, no sospechaba que los demás pensarán mal de ella. Por lo tanto, jamás había experimentado la necesidad de hacer

cesar aquellas hablillas, evitando lo que las motivaba.

Aquel á quien Litka profesara cariño, estaba seguro de ser bien recibido en su casa.

Había rechazado varias proposiciones matrimoniales sosteniendo que en este mundo no necesitaba á nadie más que á su hija.

En cuanto la señora Emilia se apercibió de la presencia de los dos amigos, salió á su encuentro y después de haber correspondido á sus saludos, dijo volviéndose á Polaniecki.

—He recibido la carta que usted sabe y la traigo conmigo.

—¿Se puede leer?

—Sí; ahí la tiene usted.

Habíanse encaminado hacia el lago de Thum, siguiendo el camino que se internaba en el valle. La señora Emilia Vascovski y Litka iban delante; Polaniecki les seguía á paso lento, embebido en la lectura de la carta, que decía:

«Mi querida Emilia: Hoy he recibido tu grata carta y me apresuro á contestar á tus preguntas, deseosa también yo de abrirte mi corazón.

»Polaniecki partió dos días después de su llegada.

»La noche en que llegó, le acogí con la cordialidad que acostumbro emplear con todos los demás huéspedes, y sin abrigar idea alguna especial. Al día siguiente, como era domingo, yo estaba libre, y permanecimos solos casi toda la tarde, porque papá había ido á casa de los señores Yamiz.

»¡Qué joven tan simpático y tan sencillo! Por la

manera como hablaba de tí y de Litka comprendí que debía tener un gran corazón.

»Estuvimos paseando largo rato por el jardín: él se sentía conmovido á la vista de los lugares que le recordaban su infancia; cuando llegamos al estanque, quiso poner á flote un viejo bote que estaba encallado en la orilla, y se hirió en la mano con una astilla, de tal modo que me ví precisada á vendarsela.

»¡Cuán agradable me era su compañía! Hablaba tan bien, su conversación era tan en extremo interesante, que yo estaba pendiente de sus labios: estaba como fascinada, y mi pobre cabeza, vergüenza me da el decirlo, empezó á dar vueltas.

»Tú sabes la vida que llevo, que mi único pasatiempo es el trabajo y que muy raras veces vienen á mi casa personas distinguidas y de una educación superior. De consiguiente no te extrañará que él me produjera la impresión de un extranjero que venía de un mundo más hermoso y desconocido para mí.

»Por la noche, no pude conciliar el sueño, porque mi pensamiento estaba constantemente ocupado por su imagen.

»¡Pero el encanto fué de breve duración!

»Al día siguiente él tuvo una escena violenta con mi papá y yo experimenté los efectos de aquella escena. Unicamente Dios sabe cuánto habría dado yo para evitar aquel altercado. Me produjo un pesar inmenso, y si el cruel supiera cuantas lágrimas derramo á solas en mi pequeña habitación, de seguro se compadecería de mí.

»Poco á poco, sin embargo, me convencí de que,

si el señor Polaniecki fué demasiado violento, mi padre tenía en aquel momento la culpa de todo, y de consiguiente, mi enojo acabó por desvanecerse. ¿Sabes lo que quiero decirte en confianza? El no traspasará su crédito sobre nuestras tierras como amenazó hacerlo, y volverá á Kerzemien.

El señor Polaniecki ha adquirido en mí una amiga leal que una vez vendida Magierov hará todo lo posible para hacer desaparecer la causa de toda disidencia. De este modo, él se verá precisado á volver á Kerzemien aun cuando sólo sea para cobrar su crédito. Un hombre se deja arrastrar fácilmente por la cólera y de esto no hay para qué asombrarse; mas yo estoy segura de la bondad de su corazón, estoy segura de que no querrá hacer daño á mi papá ni á mi querido Kerzemien. Si le ves, te ruego que nada le digas, y que no le riñas.

»Muchos besos á Litka, sigue escribiéndome, y no dejes de quererme.»

Terminada la lectura, Polaniecki ocultó la carta en el bolsillo interior de su americana, encasquetóse el sombrero y de pronto viniéronle ganas de hacer trozos su bastón y arrojarlo al agua. Contúvose, empero, murmurando entre dientes:

—Verdaderamente conoces á Polaniecki. ¡Abri-
gas la confianza de que será capaz de no hacerte
daño! Tiene algo de mal genio, pero tiene tan buen
corazón...

Y después de reflexionar un instante repuso:

—Más vale que sea así, porque esa niña es un
ángel y no soy digno de poseerla.

Ahora se apercibía de que el alma de la joven se

le había entregado expansiva y confiada, y que él debía haberla dado uno de esos desengaños que no se olvidan en toda la vida y que son un martirio eterno.

Menos mal si se hubiese limitado á vender su crédito; pero cederlo á un hombre del temple de Masko, equivallía á decirle á la niña: «no sé qué hacer de tí, cástate con Masko si te acomoda.»

Al reconocer su error, había pensado en todo lo que él le había dicho aquel domingo. En las cordiales y afectuosas frases que tanta impresión habían producido en su inexperto corazón, y cuya veracidad debía ser tan perfectamente demostrada luego.

Ella trataba de hallar una excusa á su acción, pero no lograba encontrarla. ¡Cuán fácilmente habría podido Polaniecki conquistar su corazón y su mano!

Polaniecki, en medio de sus flaquezas, poseía un corazón bueno y amante, por eso las conmovedoras frases de aquella carta habían obrado poderosamente sobre él.

Reunióse rápidamente á la comitiva y dirigiéndose á la señora Emilia, le dijo:

—¿Quiere usted regalarme esta carta?

—Con mucho gusto. ¡Cuánta bondad! ¿verdad?
¿Por qué me ha ocultado usted que antes de partir
fué descortés hasta con ella? Mas ya que la pobre
niña le defiende á usted, á pesar de todo, no quiero
hacerle reproches.

—¡Ah, señora! si eso pudiera servir de algo, debería rogarle que me diese de palos. Pero ¿de qué serviría? Todo se ha perdido ya.

La señora Emilia no participó de esta opinión.

—Lo veremos dentro de un mes,—respondió.

—Usted no puede figurarse lo que tal vez sucederá,—replicó Polaniecki pensando en Masko.

—No olvide usted,—objetó la señora,—que quien una vez ha ganado el corazón de Marina, jamás recibirá un desengaño.

—Yo creía,—repuso Polaniecki con acento apesadado,—que un corazón como aquel, una vez rechazado, no se podría volver á ganar.

En este punto tuvieron que interrumpir su diálogo porque en aquel momento se les reunieron Litka y el señor Vascovski, y la niña se apoderó en seguida del brazo de Polaniecki, abrumándole á preguntas, á las cuales él contestaba distraídamente.

Anduvieron todavía un rato, siguiendo el camino que descendía á la sazón, cuando de improviso apareció á sus pies el lago Thum.

Cosa de media hora después llegaron al sendero que costea el lago. En la orilla, algunos puentecillos de madera se adelantaban algunos metros lago adentro por encima del agua, y como Litka espresara su deseo de ver de cerca los peces, Polaniecki la cogió de la mano y, vigilando sus pasos, la acompañó hasta el extremo de uno de aquellos puentecillos. Los peces, habituados á los forasteros, que les echaban pedacitos de pan, acudieron en gran número.

—Sí. Otra vez que vengamos llevaré pan,—dijo Litka.—¡Qué curiosos son; quién sabe lo que estarán pensando!

—A esos les cuesta mucho el pensar,—contestó Polaniecki,—y tal vez de aquí á una ó dos horas se

dirán entre sí: «Mira una señorita pequeña de cabellos de oro, con vestido encarnado y medias negras.»

—¿Y del señor Stach, qué dirán?

—Que soy un gitano porque tengo los cabellos negros.

—Pero los gitanos no tienen casa.

—Tampoco la tengo yo, Litka. Habría podido tener una, pero he dejado de merecerla.

Polaniecki dió esa respuesta con acento tan pesoso, que la niña le miró sorprendida. El dolor de su amigo se reflejó tan claramente en su expresivo rostro, como se reflejaba en las aguas del lago su graciosa figura.

Cuando se hubieron reunido de nuevo con sus dos compañeros, la niña fijó de nuevo sus ojos en el semblante de Polaniecki con aire de muda interrogación, y luego, estrechándole la mano, le preguntó:

—¿Qué le pasa á usted, señor Stach?

—Nada, hija mía. Estoy admirando el lago; por eso no hablo. ¡Mira qué graciosa casita se vé al otro lado del lago!

—Allí almorzaremos.

Entre tanto, la señora Emilia y Vascovski sostenían una conversación cada vez más animada. Este último, con el sombrero en la mano, estaba todo atareado secándose el sudor que manaba de su cabeza completamente calva.

El profesor le comunicaba sus observaciones sobre Bukacki.

—Es un hereje, y por eso se halla atacado de una inquietud eterna, para alcanzar la eterna quietud,

Ahora le ha dado por comprar cuadros y estampas, con la esperanza de poblar por este medio el desierto de su alma. Los hijos de nuestro tiempo buscan sin cesar nuevo alimento para su espíritu. Es como si se abandonaran sobre un abismo, profundo como este lago, y quisieran llenarlo de pequeñas estatuas, de estampas y de cuadros. ¡Pobres pájaros, que no logran otra cosa que romperse la cabeza contra las paredes de su jaula. Lo mismo que si yo pretendiera llenar este lago, arrojando en él no más que una piedrecita.

—¿Pero, ¿qué es lo que puede llenar el vacío de nuestra vida?

—Las ideas grandes, los sentimientos profundos, cimentados en la idea cristiana. Si Bukacki amase el arte cristiano, habría encontrado ya aquella paz serena que hasta ahora ha intentado en vano conseguir.

—¿Y no trata usted de convertirlo.

—Sí, me esfuerzo á persuadirle á él y á los demás de que lean la vida de san Francisco de Asís. Pero, ¿de qué sirve? Ellos se burlan sencillamente de mí. Y sin embargo, fué el hombre más notable, el santo más grande de la Edad Media; por él cobró el mundo nueva vida. Si un hombre como aquel viviese en nuestros tiempos, la vuelta á Cristo sería más poderosa y más completa.

Era ya cerca de mediodía y el calor empezaba á hacerse insoportable. Desprendiase del bosque un fuerte olor á pino; el lago de un azul oscuro, completamente tranquilo, parecía dormitar.

La pequeña comitiva penetró en el jardín de la posada, y tomó asiento alrededor de una mesa som-

breada por frondosas hayas. Polaniecki dió órdenes para la comida, y luego se puso á contemplar en silencio el lago y las alturas que lo rodeaban. A corta distancia de la mesa florecían unos iris ligeramente regados por el surtidor de agua que salía de entre gruesos bloques de piedra.

La señora Emilia miraba pensativa las flores:

—Cuando me hallo sentada cerca de un lago,—decía,—y veo algunos iris se me figura que me hallo en Italia.

—Porque en ningún paraje como en Italia se encuentran tantos lagos y tantas flores de iris,—observó Polaniecki.

—Ni tanto encanto,—agregó Vascovscki.—Desde hace algunos años, voy á pasar el otoño en Italia. Durante largo tiempo estuve en la duda de si debía escojer por residencia Perusa ó Asís, pero el año pasado dí la preferencia á Roma. Allí uno se cree transportado á la antecámara de un mundo más bello. Positivamente este Octubre vuelvo allá.

—¡Cuánta envidia le tengo!—exclamó la señora.

—Litka tiene casi doce años,—observó Vascovscki y....

—Doce años y tres meses,—interrumpió ofendida la niña.

—Y tres meses,—repitió el profesor;—para su edad ha visto muy poca cosa y ahora sería la edad oportuna para mostrarle Roma. Cuando se es joven las impresiones son más vivas y más duraderas. Y si á esa edad son muchas las cosas que no se comprenden, más tarde la inteligencia las sabrá explicar. Decídase usted pues ¿quiere usted que hagamos juntos este viaje?

—En Octubre no puedo: tengo varios compromisos que me retienen en Varsovia.

—¿Qué compromisos?

La señora Emilia se sonrió con finura.

—El primero,—dijo señalando á Polaniecki es el de casar á ese señor que está sentado ahí abismado en sus pensamientos. El pobre señor está enamorado.

Polaniecki alzó la cabeza como asustado é hizo una señal negativa. Pero Vasovski preguntó, con la ingenuidad de un niño:

—¿De Marina Plavicki?

—Sí,—respondió la señora Emilia.—Durante su visita á Kerzemien recibió una profunda herida en el corazón, por más que ahora trate de negarlo.

—No ruego cosa alguna,—exclamó Polaniecki,—pero...

No pudo continuar. Todos se volvieron hacia Litka que acababa de tener un ataque de su enfermedad. Se había puesto pálida como la muerte. La pobre madre tomó en brazos á la niña, y mientras Polaniecki corría en busca de hielo, el señor Vasovski empleando todas sus fuerzas, aproximó un banco del jardín, encima del cual, tendió á la niña que respiraba con dificultad.

—¡Vida mía! te has cansado demasiado ¿verdad! —la preguntó la señora Emilia.—Ha sido demasiada fatiga para tí. Y sin embargo, el médico la había permitido; pero con este calor... No será nada: ya pasará, ya pasará.

Y esto diciendo, la besaba la frente inundada de sudor.

Polaniecki volvía con el hielo, seguido de la due-

ña de la posada, con una almohada que se colocó debajo de la cabeza de la niña.

Mientras la madre envolvía el hielo en una servilleta, Polaniecki se había inclinado sobre la niña y le preguntaba:

—Y bien, prenda, ¿cómo te encuentras?

—Un poco mejor, pero siento una opresión...—respondió Litka para aspirar el aire. Latíale con tal fuerza el corazón, que se percibía su movimiento debajo de la ropa. El hielo la alivió mucho. Poco á poco fueron desapareciendo los síntomas alarmantes quedando solamente una gran postración. Antes de emprender el regreso, era preciso reforzar á la enferma. Polaniecki hizo traer la comida pero era tanto el temor que tenían todos de que se repitiera el ataque, que nadie á excepción de Litka probó bocado. Una hora después, habiendo mejorado mucho el estado de la niña, se decidieron á emprender la marcha. A pesar de que el coche que se envió á buscar á Reinchenhall, andaba al paso, fatigaba tanto á Litka, que poco antes de llegar á su casa ella no se sintió con fuerzas para resistir más y quiso apearse. La señora Emilia quería llevarla en brazos; más Polaniecki se adelantó y cogió en brazos á la niña, diciendo:

—Ven, Litka, te llevo yo. Tu mamá está cansada y se pondría mala.

Procuraba andar sin dar sacudidas y de prisa, porque como percibía sobre su pecho los latidos del corazón de la niña, tenía prisa en llegar pronto á casa y correr en busca del médico. Obedeciendo á una orden suya, Litka le había pasado alrededor

del cuello sus descarnados brazos pero á cada momento le decía con suplicante voz:

—Póngame usted en el suelo, no puedo., déjeme bajar.

—No, no quiero: otra vez tomaremos una litera bien cómoda, y en cuanto la señorita esté cansada, la colocaremos en ella.

—¡No, no!—replicó la niña, con lágrimas en los ojos.

Polaniecki continuó llevándola así, con la ternura de un hermano, con la solicitud de un padre.

VII

Al día siguiente, Litka no estaba verdaderamente enferma, pero se hallaba muy cansada. Salió, empero á dar un corto paseo, porque el médico había ordenado un poco de movimiento. Su estado tenía inquietos á los amigos, por cuyo motivo Vascovski había ido á ver al doctor para saber algo positivo. Polaniecki que le aguardaba en la sala, comprendía desde luego, por su semblante, que no traía buenas noticias.

—El médico no cree en un peligro inminente,—dijo el profesor,—pero prevee un fin no muy lejano. Ha recomendado mucho que se vigile de cerca á Litka, porque de un momento á otro es de temer una catástrofe.

Polaniecki se cubría los ojos con una mano. ¡Qué desgracia! ¡Qué golpe para la infeliz madre! La desgraciada tal vez no podría sobrevivir á tan inmensa pérdida.

—Le he preguntado,—continuó Vascovski, mien-

tras se enjugaba los ojos,—si sufriría mucho, y me ha contestado que no, y que es probable que se vaya extinguiendo insensiblemente.

—¿Y eso se lo ha dicho á su madre?

—No. No le ocultó que la niña tenía una grave enfermedad de corazón pero añadió que aquellos ataques son frecuentes á los niños, pero que acaban por desaparecer sin dejar consecuencias. Sin embargo él no abriga esperanza alguna.

Polaniecki no era de los que se dejan abatir por la desgracia.

—El médico puede engañarse,—exclamó;—mientras hay un resto de esperanza, no hay que desesperar, sobre todo con los niños. Conviene que á Litka la visite un especialista. La señora Emilia se espantará, pero ¿qué otra cosa se puede hacer?... ¡Esperad! Hasta esto se puede evitar. Yo me encargo de hacerlo venir en seguida. De consiguiente podemos decir á la señora Emilia que uno de los enfermos que vienen aquí para curarse, ha consultado á un célebre especialista y ella aprovechará la ocasión y hará visitar á su hija. Pero será mejor que se le escriba, para que sepa cómo debe conducirse con la madre.

—¿Y á quién piensa usted escribir?

—No sé. El médico de casa podrá indicarnos uno. Vamos á verle en seguida.

Aquel mismo día se arregló la cosa. Al anocheecer, los dos amigos volvieron á casa de la señora Emilia. Litka afirmaba que se sentía mejor; pero estaba taciturna y sus miradas eran más tristes de lo habitual. Bien era verdad que sonreía á su madre y á los dos amigos, en prueba de la gratitud

por los cuidados que le prestaban; Polaniecki, á pesar de todos sus esfuerzos, no pudo aparentar alegría. La predicción del médico no se le había ido de la imaginación, y esto hacía que considerase aquella tristeza desacostumbrada como una señal de los progresos de la enfermedad. Su aprensión creció de punto cuando la señora Emilia dijo:

—Estoy contenta de que Litka se encuentre mejor pero ¿sabe usted lo que me ha pedido hoy? Que volvamos á Varsovia.

Polaniecki, haciendo esfuerzos para dominar su inquietud se volvió á Litka y le dijo con tono burlesco:

—¡Ah, loquilla! ¿No te pesa tener que dejar el lago de Thum?

—No,—respondió la niña sin vacilar y sacudiendo la cabeza.

Luego se cubrió el rostro con las manos para ocultar las lágrimas que ocultaban sus ojos.

La cosa era sencillísima. Litka había oído en el lago de Thum que su Stach, su mejor amigo se quería casar, que amaba á Marina y que su misma madre quería este casamiento. Jamás hasta entonces, había sospechado que él pudiese amar á otra, ni ser de nadie más que de ella y de su madre; hasta entonces le había considerado como exclusiva propiedad suya. No tenía una idea clara de lo que la amenazaba; únicamente comprendía que su Stach se separaría de ella y la dejaría sola. Y los que le habían causado ese pesar, eran cabalmente los dos á quienes ella más amaba, su madre y el señor Stach.

Ambos esperaban que se realizase el casamiento, ambos estarían contentos que se llevara á efecto

esta unión y cuando su madre dijo que el señor Stach estaba enamorado de Marina, éste no lo había negado. No le quedaba pues otro recurso que reprimir sus lágrimas y guardar silencio hasta con su madre.

Y Litka encerró en su pecho la primera pesadumbre de su vida. Sí, tenía que resignarse. ¿Pero, cómo? para una enferma del corazón, un pesar cualquiera es una pócima terrible, esta resignación debía obrar más profunda y trágicamente de lo que se podrían figurar las personas que la rodeaban.

El médico especialista, expresamente llamado de Mónaco llegó dos días después y confirmó plenamente el diagnóstico del médico del país.

Delante de la madre, habló con gran circunspección y hasta la tranquilizó; más á Polaniecki le dijo claramente que la niña podría vivir aún algunos meses, tal vez algunos años, pero que también podía morir de un momento á otro. Ordenó que se evitase cualquier motivo de emoción, y recordó la necesidad de vigilarla sin cesar.

Aumentaron, si era posible, los cuidados y las caricias de la madre; se procuró alejar de ella toda causa que la pudiese conmover en la más mínimo; más no se pensó en evitar la que era para ella más perjudicial, la de la emoción que podía producirla una nueva carta de Marina. La niña prestaba gran atención á todas las palabras que se pronunciaban en su presencia, y aún cuando el contenido de la nueva carta no podía contribuir á acrecentar sus temores respecto al señor Stach, dió sin embargo un rudo golpe á su salud ya delicada.

La señora Emilia estuvo indecisa durante todo el día en comunicar ó no aquella carta á Polaniecki. Pero, como ya hacía días que él no cesaba de preguntarle si había recibido noticias de Kerzemien, y como ella no podía negar que las había recibido, se resolvió á decirle la verdad entera por dura que fuese. Así, pues, por la noche, después de haber acostado á Litka, entabló el siguiente diálogo:

—A Marina,—empezó diciendo la señora Emilia,—le ha impresionado mucho la cesión que habéis hecho de vuestro crédito sobre Kerzemien.

—¿Ha recibido usted alguna carta?

—Sí.

—¿No me la quiere usted enseñar?

—No: pero le leeré una parte de ella. Marina me escribe en términos apesarados.

—¿Sabe que estoy aquí?

—Parece que no ha recibido aún mi carta.

La señora Emilia se aproximó al velador, sacó la carta de uno de sus cajones, volvió junto á Polaniecki, y después de haber dado más fuerza á la luz de la lámpara, se sentó de espaldas á ella.

Más antes de principiar la lectura dijo:

—Ante todo tengo que llamarle especialmente la atención sobre este punto, á saber, que para Marina, no se trata solamente de la cesión de la hipoteca, sino además... de lo que usted sabe muy bien, esto es, que usted le ha trastornado algo la cabeza, y de consiguiente, su conducta de usted ha adquirido para ella una importancia especial... Y para ser franca espera olvidar.

—Yo con usted hablo siempre con franqueza,—observó Polaniecki.—De consiguiente confieso lo

que jamás le diría á otra. Cometí la torpeza más grande de mi vida, pero he llevado por ella el más duro castigo.

La señora Emilia le miró con aire de profunda piedad.

—¡Pobre amigo! ¿De modo que Marina no le es indiferente? Esto no se lo pregunto á usted por mera curiosidad, sino por la amistad que le profeso. De buena gana me haría mediadora entre vosotros dos para que pudiérais hacer las paces; más antes, ya puede usted comprender que quisiera estar segura de que...

—¿Sabe usted lo que me ha dado el golpe de gracia?—interrumpió con impaciencia Polaniecki:—la carta que me dió usted á leer. En Kerzemien Marina me gustó, y desde entonces siempre he pensado conmigo mismo que no habría podido hacer mejor elección porque la señorita Plavicki reunía en ella todo lo que yo deseaba de una mujer. Más no quise mostrarme débil. A veces existen en nosotros como dos almas, de las cuales, la segunda critica constantemente lo que hace la primera. Precisamente ahora esta segunda alma murmuraba casi constantemente á mis oídos: «No cedas, porque de todos modos no te sería posible soportar al padre.» Por lo tanto, resolví cortar por lo sano y traspasé mi crédito. Me apercibí demasiado tarde de que me era imposible echar de mi imaginación la imagen de la señorita Plavicki. Con gran pesar reconocí la locura que había cometido y me arrepentí de todo corazón. Después, cuando leí aquella carta, cuando me convencí que no le era indiferente y de que me empezaba á amar y de que habría podido llegar á

ser mía, perdí completamente la cabeza y quedé desarmado contra la omnipotencia del amor. Créame usted, mientras que el hombre no conoce más que sus propios pensamientos, no se preocupa gran cosa de ellos; pero si de improviso se apercibe de que sus sentimientos son cordialmente correspondidos, entonces la cosa tiene una importancia bien distinta. ¡Aquella carta me dió el golpe fatal!

—Por eso no quiero leer toda la carta,—repuso la señora Emilia.—Marina, como es natural, escribe que su breve sueño tuvo luego un doloroso despertar. Habla del señor Masko en términos favorables; éste en vez de insistir sobre su crédito, trata este asunto con mucha delicadeza y muchas consideraciones.

—Se casará con él, lo sé.

—Sus palabras de usted demuestran que no conoce á Marina. Pero escuche usted lo que dice de Kerzemien: «Papá quiere deshacerse resueltamente de la finca y retirarse á Varsovia. Ya sabes cuánto cariño le tengo á Kerzemien, al cual me ligan tan gratos recuerdos pero después de lo que ha pasado creo que es completamente inútil hacer nuevos esfuerzos para conservarla. Únicamente Dios sabe cuánto había hecho yo para salvar este pedazo de tierra. Además, papá sostiene que la venta es una deuda de conciencia, y que no puede tenerme eternamente relegada al campo. Por lo tanto, parece, y esto es lo que me aflige, que eso es lo que ha de suceder por culpa mía.

» ¡Verdaderamente en ciertas ocasiones la vida es una amarga ironía!

» El señor Masko ha ofrecido á papá tres mil ru-

blos de renta anuales y todo lo que pueda producirle la renta de Magierov. Comprendo que piensa en sus propios intereses, pues si se acepta su proposición, se encontrará dueño de la hacienda con muy pocos gastos. Papá es favorable á ese proyecto; si vacila es porque tiene la esperanza de sacar mayor provecho. La única cosa que hará parecer menos doloroso, el abandono de estos lugares, es la idea de que en Varsovia estaré cerca de de tí y de Litka, y de que podré veros con frecuencia.»

La señora Emilia dejó de leer, y durante algunos reinó un silencio absoluto. Al fin dijo Polaniecki:

—Así yo no sólo la he sacado de Kerzemien, sino que además la he proporcionado un marido.

Inconscientemente había repetido cuasi con las mismas palabras, un fragmento de la carta de Marina, fragmento que la señora Emilia no había creído oportuno leerle, para no afligirle demasiado.

—La amistad que os profeso á entrambos,—contestó ésta,—me hacía trabajar para uniros; más ahora se agrega á ésta, otra causa muy grave: su pesar, amigo mío. Me dirigiría á mí misma eternos reproches, si no lograba volver á poner las cosas en su lugar. Existe un gracioso proverbio francés y otro muy feo en polaco sobre el poder de las mujeres, y yo tengo empeño en poner en práctica este poder.

Polaniecki la cogió ambas manos y las llevó á sus labios.

—Es usted la mejor de las criaturas de este suelo.

—Estaría muy contenta de poder serle útil,—respondió ella sonriendo.—Creo, sin embargo, que tal vez no le quede á usted más que un medio. Voy á

hacer de manera que Marina venga á mi lado lo más pronto posible.

—Tiene usted razón; es el único medio. Ya que tengo que vivir, que pueda á lo menos gozar de la vida unida á un sér querido.

—Y ya que por primera vez hago de Providencia,—contestó la señora,—quiero como tal conseguir mi propósito. Ante todo conviene saber por donde se tiene que empezar.

Al decir esto, alzaba pensativa los ojos. La luz de la lámpara al caer de lleno sobre sus facciones dulcísimas y lozanas todavía, sobre los rubios rizos que caían sobre su pura frente, daba á su semblante tal encanto, una expresión tan virginal, que Polaniecki, aún cuando tenía embargada su mente por otros pensamientos, se acordó de que una vez Bukacki la había llamado *una virgen viuda*.

—Marina,—repuso la señora Emilia,—es un carácter leal, y por lo tanto creo que será mejor escribirla toda la verdad. Le diré todo cuanto en este momento me ha confiado usted; hablaré de su vivo arrepentimiento, y añadiré que tiene usted esperanza en el perdón y en una reconciliación próxima y completa.

—Y yo escribo inmediatamente á Masko. Vuelvo á comprar mi crédito sea cualquiera el precio que exija.

La señora Emilia se rió con toda su alma de esta salida.

—He aquí al positivista, al calculador, á este Polaniecki que se alaba de no tener el carácter ni la volubilidad del polaco.

—¿Y qué?—dijo jovialmente Polaniecki.—¿Aca-

so no es cálculo reconocer el valor de una cosa? ¿Pero quién nos garantiza que no conteste que está prometida ya con Masko?—agregó poniéndose repentinamente melancólico.

—No lo creo. El señor Masko será una persona excelente, mas para Marina no sirve. A ella no le gusta, esto me consta; y ella no se casará sin inclinación. Ya conoce usted á Marina. Por su parte haga usted todo lo que pueda para reparar el mal hecho pero respecto á Masko puede usted dormir tranquilo.

—¿Sabe usted lo que haré? En lugar de escribirle le enviaré un telegrama, no es posible que se detenga mucho tiempo en Kerzemien, y recibirá el despacho en Varsovia.

VIII

Dos días después llegaba la respuesta de Masko, concebida sencillamente en estos términos: «Ayer compré definitivamente Kerzemien.» Verdaderamente, después de la carta de Marina, era fácil de prever que la cosa acabaría de este modo; á pesar de lo cual, la respuesta de Masko fué un rudo golpe para Polaniecki.

La señora Emilia, que conocía mejor que nadie el cariño que Marina profesaba á Kerzemien, comprendió que la venta de la hacienda haría más difícil la reconciliación de los dos jóvenes.

—Si Masko no se casa con Marina,—dijo Polaniecki,—Plavicki quedará sin un céntimo. Si ahora Marina y su padre están sin recursos, deben agracermelo á mí.